



P resentación

Un número de *fem.*, dedicado al amor puede ser visto como un subterfugio para épocas difíciles. De hecho cuando fue propuesto se vio que podría ser un "solaz" que sirviera para mitigar un poco la imagen que algunas lectoras se han forjado de la revista: "demasiado densa y aburrida". Con un número sobre el amor tal vez se pretendía ofrecer un regalo de fin de año o de comienzos de otro (dado que *fem.* casi nunca llega a la calle en la fecha que corresponde); algunas pensaron, incluso, que la revista podía llegar a ser un objeto de placer.

Razonamientos ingenuos porque el amor no es tabla de salvación: en el momento en que exalta el corazón inocular también la ausencia; en su entrega está también su afán de dominio; en su permanente vigilia también está su "vigilancia" del otro.

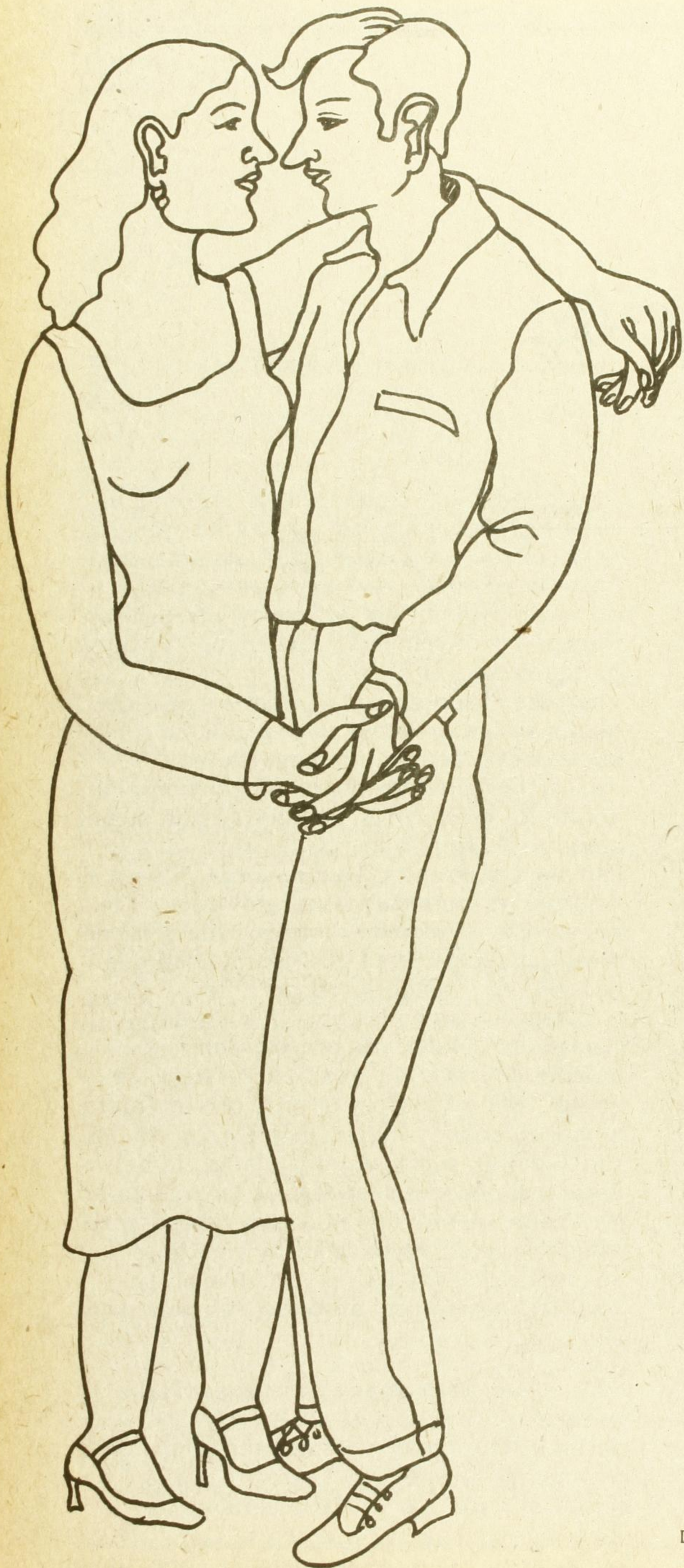
El amor y la crisis —existencial—, dos términos que no son antagónicos sino perfectamente gemelos. Porque el amor —encuentro, develamiento, búsqueda de absoluto— es una utopía que despunta de la crisis. Crisis permanente porque siempre aparece un objetivo a perseguir, un objeto a desear, y nunca hay conformidad porque el deseo debe renacer para ser deseo. Crisis que no es la que nos impone el poder, sino un estado en el que cierto tipo de lucidez —radical— comienza a pergeñar los cambios o a concebir la utopía revolucionaria.

Al amor nadie ni nada puede sujetarlo, ni someterlo a controles. Imparable como la muerte o la vida, el amor transita como un ánima-ángel-demonio, tratando de pegarse al cuerpo de alguien; de sublevarle los sentidos,

de ofrecerse como una forma a la forma de su deseo. Origen de todo, motor de todo, a veces el amor se "ideologiza": los amantes bajan la guardia— se han desmereado excesivamente en sus lechos— y ofrecen sus flancos al ordenamiento que en algún sitio se ha fijado para ellos, con el solo fin de anularles el supremo placer del encuentro y nublar su brillo. Pareja, "conyugalidad", cuestiones prácticas, normatividades, exclusiones, predominio, privilegio, conspiran contra los extenuados amantes. Creían que el amor podía ser "formalizado" sin que cambiara su esencia. Lo que ahora "organizan" corre serios peligros de convertirse en remedo de lo que fue. Pero de esa extenuación brota una continuidad que conserva la forma original del amor.

Etapas, como en las revoluciones de la humanidad: El destello que era delirio y muerte, delicia y vida, cambia de signo, se "viste", por así decir, y el otro, tendido junto a una (o), cobra realidad, existe y sus señales son audibles, perfectamente claras. Come, tiene sed, ocupa un espacio, se levanta para ir al baño, quiere o no procrear, recuperar su soledad, crear nuevos recursos amorosos, inventar nuevas figuras para el placer. Los amantes regresan del absoluto, se miran, son dos.

Se salvan. Pero otras cosas los asedian o los amenazan: sociedad, leyes, clasificaciones, poder, los quieren juntos pero no amantes; los obligan a ser sólo dos, a borrar el resto, a censurarse el deseo de otros. Porque cuando el deseo se "especializa", entonces se adelgaza como un



suspiro y ya no es vendaval, ni fuerza de creación, sino un "tiempo completo" mal pagado y ceniciento. Y desear a otro — mujer, hombre, idea, flor, poema, color— no es adulterio, sino pura convicción de la propia identidad, libertad y derecho a la vida.

La mujer y el amor, juntos, es una hipótesis de trabajo feminista: transformar la relación amorosa con un sentido femenino, es decir, habiendo cobrado conciencia de una opresión, la cual debe ser la única manera de ver al otro — más "amo" de amor que "amo" de dominación, para usar el juego de palabras de Beatriz Aguad (cf. p. 7)—; ofrecer un lenguaje en el que lo estentóreo de la posesión sea reemplazado por un silencio deseante, sin término ni acotamiento, sin divisorias de anatomía ni de género, materia inagotable.

En este número varias mujeres dicen sus ideas sobre el amor. Algunas leyeron textos sobre el amor y los analizaron críticamente. Otras escribieron sus propios textos que alguien — tal vez alguna lectora o algún lector— criticará a su vez. Esa materia de amor y deseo no está sólo en lo que trata expresamente el tema del amor, en su significado convencional: en las arengas convencidas de las esposas de obreros de "Pascual", el Eros cobra la forma de la lucha política y tiene tanta fuerza como cuando se enrieda en el diario desesperanzado de la Penélope de Esther Seligson o a las cartas de Rosa Luxemburgo, quien seguramente sabía que el comunismo no está sólo en los programas sino que se vive en la mesa, en el hambre y en la saciedad; que es, como el amor, un deseo sin término

♪

T.M.